






RÍO DE ALMAS  
HOMOÁNIMAS



Tania Almeida

RÍO DE ALMAS  
HOMOÁNIMAS





Primera edición: septiembre de 2017

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Tania Almeida

ISBN: 978-84-16824-48-9

ISBN digital: 978-84-16824-49-6

Depósito legal: M-21244-2017

Editorial Adarve


C/ Marcenado 14

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España









Algún día nuestras miradas se cruzarán,  
algún día nuestros alientos se fusionarán,  
algún día nuestros cuerpos se atraerán hacia un punto marcado en  
el tiempo...

Y sabré que tú eres para mí y yo soy para ti,  
y todas las canciones románticas tendrán sentido,  
y todas las lágrimas derramadas habrán cultivado el camino,  
y todas las tardes mirando al horizonte no habrán sido tiempo  
perdido.

Porque te siento aunque no estés,  
porque te quiero aunque no te conozca, porque nuestros corazones  
laten al mismo ritmo...,  
aunque ninguno sepa dónde el otro está  
Hasta entonces las horas no existirán y los años parecerán minutos  
vacíos,  
porque he decidido, que el esperarte, es la razón por la que vivo.

SOFÍA, días antes del viaje a Río de Janeiro



# 1

## Bienvenida a la Ciudad Maravillosa

Los rayos del sol envuelven mi piel transmitiéndome su tan deseado calor, haciéndome consciente de cada parte de mi cuerpo como hacía tanto tiempo no lo era. La arena dorada acaricia con delicadeza mi espalda mientras gotas de sudor resbalan surcando: frente, brazos, formando un pequeño oasis en el ombligo y siguiendo su recorrido por el interior de mis piernas. Solo que estas placenteras sensaciones me llegan de forma discontinua, por más que lo intento, mi mente insiste en ir a aquel rincón de los recuerdos que de forma tan ardua trato de evitar.

No resultó fácil la decisión de hacer este viaje, el dolor de su ausencia dejó un hueco profundo y oscuro dentro de mí, la mitad de mi ser partió con él, justo la fracción en la que están la capacidad de amar nuevamente, de ser feliz una vez más. Solo restó la parte donde se alojan el dolor, la desesperanza, la soledad y una triste sonrisa.

Giselle insistió, según recuerdo, casi un año para que la acompañara a Río de Janeiro (es una de las tantas de su lista de ciudades a conocer). Ella, como todos los demás, está preocupada por mi poca o nula capacidad de recuperación, por el estilo monótono, automático, indiferente y desolado que se apoderó de mi existencia. Sé que es verdad. De cierta manera me gusta, me transmite seguridad; es como un chaleco antibalas que evita que sea herida de nuevo por emociones, sentimientos, pérdidas. Estoy convencida de que amar significa sufrir. Ya no. No más.

Al fin acepté acompañarla porque en el fondo, muy en el fondo de mi ser (aunque me cueste aceptarlo y con esta revelación sienta que lo engaño) existe una partecita egoísta. Sí, que desea olvidar, recomenzar. Además, si tuviera que definir con una palabra a Giselle sería con la pa-

labra obstinada. Soy hija única y Giselle la hermana que nunca tuve, nos hicimos amigas entrañables e inseparables a los siete años.

Mañana, dieciocho de enero, es mi cumpleaños. Cumpliré veintiún años. Mañana, dieciocho de enero, se cumplirán dos años de... ¡Basta!

Necesito concentrarme en el presente, en el viento que trae consigo el olor a sal y bronceadores, a camarones asados, queso fundido y maíz caliente. Al evocar aquellas imágenes mi última comida me viene a la memoria: un sándwich caliente de queso y un aromático café negro, aunque no estoy segura de cuándo los comí. ¡Ah, sí!, ayer por la tarde y al recordarlo, como si me entendiera, mi estómago emite un prolongado y audible sonido de protesta. Decido ignorarlo por el momento, desde pequeña me disgusta comer en la playa. Por más cuidadosa que sea, siempre, de una u otra forma, mastico granos de arena.

Perdí bastante peso (ocho kilos) gracias a la ayuda de profesionales, aumenté tres desde aquella fecha en que mañana se cumplirán dos años de... ¡Basta! Apoyo las manos a los costados de las sienes y con la yema de los dedos las masajeo hasta que mis ojos, que se fruncieron en una mueca de dolor, empiezan de manera lenta, constante, a relajarse, y por fin, luego de intentarlo con férrea insistencia durante el día entero, el velo oscuro cae sobre el rostro doloroso de mis recuerdos.

Una mano rodea mi antebrazo y lo aprieta con afecto. Es Giselle, claro, la olvidé. Una vez más olvidé incluso donde me encuentro. Con gran esfuerzo le regalo una sonrisa y ella me responde con otra triste; entonces sé que es el reflejo de la que mis labios, tan desacostumbrados a su presencia fueron capaces de dibujar, y me tengo lástima.

—Estoy bien —le digo.

Sin dar oportunidad a comentarios desvíó la mirada e intento concentrarme esta vez en el relajante ruido del mar, en la fuerza que lo acompaña, en su susurrar constante, en la certeza de que todo lo que trae lo vuelve a llevar. Sí. Y con esa idea por primera vez en mucho tiempo, una chispa de optimismo se enciende dentro de mí. La misma que sirve de combustible para que poco a poco abra los ojos, los fije en aquella espuma blanca donde pequeñas burbujas se forman el tiempo suficiente para explotar, y ser de nuevo parte del agua cristalina que tantas historias y secretos murmurados carga en su seno.

Ya sé lo que necesito, un baño de mar. Desde que llegamos ni una sola vez probé las caricias de sus aguas; pensándolo mejor, ni siquiera lo observé, hoy me doy cuenta. Quién sabe, quizá consiga suficiente lástima de su parte y arrastre con él las penas que me acompañan y me aprisionan en el pasado. Resuelta a comprobar su misericordia me apoyo en los codos y luego las manos, cuando hago el primer esfuerzo para levantarme mi peor pesadilla se hace realidad y la pelota de un grupo de muchachos aterriza al costado de la toalla, y levanta una densa nube de arena que se estrella contra mi rostro e inunda mi boca abierta por la sorpresa. ¡Maldición! Al final de cuentas termino masticando arena.

—¡Perdón, señorita! Disculpe —escucho que alguien dice con voz grave, profunda y sexy.

Sacudo impaciente la mascarilla de arena que me cubre y levanto la vista al mismo tiempo que él se agacha para recoger la pelota que se detuvo a mi lado. Quedo muda al encontrarme con esos ojos grandes y profundos, pardos, con diminutas linternas verdes esparcidas dentro; las pestañas son tan tupidas y largas que, si se tratara de una mujer, sospecharía que son falsas.

Sonríe, unos dientes blancos y perfectos hacen su presentación. Quedo observándolo apenas pudiendo despegar mis ojos de los suyos para bajarlos hasta su boca, perderme por un tiempo en su sonrisa, en el aliento tan cálido y dulce que invade mi espacio y volver a encontrar su maravillosa y enigmática mirada.

—Lo siento —escucho que dice Giselle sacándome de aquel estado de admiración paralizante. Mi rostro pasa del matiz del rojo al verde y del verde al lila cuando percibo que toma la pelota que sostengo.

«¿Qué? ¿En qué momento la recogí?», me pregunto.

Bajo la vista, un calor abrazador recorre mis brazos, mis piernas, se intensifica en mi estómago y explota en mis mejillas, y no se debe precisamente al sol que inicia su descenso. Vuelvo a escuchar su voz, tan profunda, tan sexy como la primera vez.

—Gracias —dice y después de eternos segundos se va acompañado por los gritos de los demás muchachos que lo llaman con impaciencia.

«¿Han dicho Guido? ¿Han dicho apúrate Guido?» trata de entender mi agitada mente.

Por fin consigo levantar la cabeza sintiéndome un tanto, solo un tanto menos mortificada. La giro en dirección hacia donde Guido (estoy casi segura fue aquel el nombre que escuché) corre. Puedo ver como sus pies se despegan por turnos de la arena al levantarla en su marcha apresurada. Subo la vista y distingo sus pantorrillas trabajadas y definidas.

¡Qué estoy haciendo!

Muevo con brusquedad la cabeza hacia el lado opuesto para encontrarme con los ojos de Giselle que están abiertos hasta se podría decir de una forma antinatural, así como su boca.

—¡Sofía Batista! —grita mi amiga, total y completamente asombrada.

Sí, esa soy yo, Sofía Batista. No obstante, a aquella quien tomó la pelota y miró con tanto descaro a ese hombre no la conozco, y sin embargo, soy yo.

—¿Qué te ha pasado? —me interroga Giselle, no con la voz cargada de dudas, acaso llena de sorpresa.

Su pregunta no espera una respuesta, más bien es su manera de decir: «estoy sorprendida por tu audacia al prácticamente quitarle de las manos la pelota y devorarlo con la mirada».

«Porque... fue lo que ocurrió, ¿cierto?», trato de deducir en mi interior.

Aun así me escucho balbucear algún tipo de respuesta incoherente sobre reflejos inconscientes de autodefensa impuestos por el cuerpo (¿¡queeeé!?). Giselle pasa del asombro a la burla y aquella sonrisa mal disimulada aparece. La misma que tanto quiero y que tanto odio cuando va dirigida a mí.

—Giselle, lo haces de nuevo.

—¿Qué? —dice cuando finge ingenuidad.

—Lo sabes, aquella mueca en la cara.

—¡Oh!, mi sonrisa —responde y aprieta los labios.

La mayoría de las veces su comportamiento de simulada inocencia desarma mis barreras, no en esta ocasión. Me levanto de la toalla en donde estuviera antes echada tan tranquila y camino resuelta hacia el mar. A mi espalda escucho la risa no contenida de mi amiga. Una de sus manos está sobre la boca al tratar de suprimir las carcajadas que le causa la situación que me tuvo como protagonista, mientras agita la otra en un eufórico saludo. ¡Ok! ¡De nuevo lo logra! ¡Es tan difícil enojarme

con ella por más de cinco segundos! Hace que me pregunte si alguna vez tomará cualquier situación con seriedad.

Con una sonrisa en los labios vuelvo al mar. En vez de entrar al agua me detengo a espiar aquel partido de fútbol que de repente gana por completo mi atención. Para mi sorpresa él también me observa, nada más que al verse descubierto corre tras la pelota.

—¡Sofi! —escucho que grita Giselle—. ¡Bienvenida a la Ciudad Maravillosa! —dice, extiende ambos brazos al cielo.

Imitando su gesto estiro los míos, ¡pero en forma de súplica!, mientras niego con la cabeza.

Entro al mar. Lo hago corriendo hasta que mis piernas ya no logran avanzar y me zambullo en el agua que pareciera haber pasado por una inspección minuciosa de temperatura, logrando la perfecta: ni tan fría ni tan caliente. Completamente sumergida me pregunto en qué estuve pensando los días pasados que ni el dedo gordo del pie mojé en esta armoniosa esperanza líquida. Suspiro, y con esa reflexión mi humor cambia y la nube negra que según dice mamá me sigue a todos lados, a toda hora, aparece. Sé muy bien por qué no lo hice. Al segundo me hunde el peso de la culpa por disfrutar de este espléndido pedazo de mundo.

«Sofía», escucho.

Es su voz, con aquella forma tan particular que él tiene de pronunciar mi nombre. Abro los ojos todavía bajo el agua, sobresaltada muevo las manos para alejarme al principio, pero tan rápido como empecé. Lo que deseaba se hizo realidad. ¡Otra vez!

¡Él está aquí conmigo! ¡Bajo el agua conmigo!

Veo moverse a sus labios mientras pronuncia «Sofía». Intento acercarme pero cada centímetro que avanzo él lo retrocede. Comienzo a sentir un ardor que a cada segundo intensifica su presencia en mi pecho, y es que estoy quedándome sin aire.

¡No! Lucho por mantenerme abajo sin sacar mis ojos de los suyos.

¡No! Salgo a la superficie en busca del aire que exigen mis pulmones.

Como una demente reanudo el escaneo del fondo del mar luego de estar fuera únicamente lo necesario para aspirarlo. Ni un rastro suyo. Vuelvo a salir por oxígeno y de nuevo me encuentro bajo el agua.

Nada, nada, nada.

¡Maldita sea! No sé cuál es el motivo que provoca que Lucas aparezca o cuál el que desaparezca. Esta no es la primera vez, recuerdo cuando lo vi acostado en mi cama, o cuando apareció en el parque, incluso hace dos días mientras me daba una ducha. Espero de todo corazón que tampoco sea la última. El pensarlo hace que el dolor me parta en pedazos.

Decidida abandono el mar. Dominada por una urgencia que nadie aparte de mí conoce camino resuelta hasta la orilla, miro a ambos lados y me dirijo a la derecha. ¡Cómo desearía tener seis pares de ojos! ¡Hasta en la espalda! No me importaría que sean grandes y azules o pequeños y marrones o también estirados y eficientes ojos orientales, lo único que quiero es encontrar a Lucas en medio de la multitud que se extiende más allá de donde soy capaz de imaginar, por eso camino agitada, casi llorando. No lo encuentro ni en el agua ni en la arena.

¡Estoy tan confundida! ¡Me ahoga la tristeza!

¡Aahh! Recuerdos de nuestros días juntos en playas paradisíacas del Caribe inundan mi alma. Nos veo riendo, tirados en la arena con unas cuantas gaviotas de compañía, perdida en sus brazos que me envolvían con firmeza al tiempo que enrollaba un mechón de cabello que robaba de mi nuca para soltarlo y enrollarlo una y otra vez. Recuerdo el sonido de su risa, el olor de su piel.

Frustrada por el fracaso de mi búsqueda, con ojos llorosos que desean ver una vez más su imagen, camino con prisa hacia donde pienso que Giselle está. No consigo localizarla y me pongo nerviosa sin un motivo verdadero para estarlo, sé que no se ha perdido, aunque no logro serenarme. Vuelvo sobre mis pasos, no la encuentro. Trato de despejar mi cabeza de las locas ideas que la ocupan y exhalo con fuerza. ¡Giselle! Le hago señas, quiero que me vea, junte sus ropas, zapatillas, cremas, revistas, que al más puro estilo suyo están regadas por la playa (nunca conocí a otra persona que necesite tanto espacio para ubicarse) y nos vayamos de aquí. Bajo las manos al darme cuenta de lo inútil de mi esfuerzo, porque todas sus energías están concentradas en aquella sonrisa seductora al tiempo que habla animada con un muchacho.

Voy hacia ella resuelta mientras mis cejas casi se tocan a causa de mi terrible estado de ánimo. Cuando llego a su lado levanto la toalla y sin ningún tipo de contemplación la sacudo. Giselle se pone de pie de un salto, el chico con el que conversa se protege con una mano. La opera-



ción, día estupendo en la playa mientras finjo que todo en mi interior se encuentra de maravillas se acabó para mí, y quiero dejarlo bien en claro.

Además de que sus ojos se abren bastante por la sorpresa de la inesperada lluvia de arena, Giselle no hace comentarios. Se disculpa con el muchacho que es evidente no comprende lo que sucede, mi amiga le dice que se encontrarán luego y empieza tan rápido como puede a juntar sus pertenencias. Cuánto agradezco su actitud. ¡Gracias!

Caminamos y dejamos atrás un atardecer excepcionalmente naranja. Cuando estamos a mitad de camino entre el mar y la calzada con torpeza dejo caer el bolso y todo lo que está en su interior aterriza en la arena: lentes de sol, bronceadores, elásticos para el cabello, una pañoleta y un Ziploc con almendras del que no me acordaba. Se me empaña la vista a causa de la frustración que me invade al ver mis pertenencias regadas en la arena. Sé que debería guardarlas, en cambio me tapo la cara, no quiero que se noten las lágrimas que amenazan no en caer, sino en saltar de mis ojos violetas.

Giselle se ocupa de juntarlas, sin decir palabra se cuelga el bolso, envuelve con suavidad mis muñecas y me ayuda a levantar. Me rodea con un brazo y salimos de la playa en silencio.

Deseo encontrar consuelo en mi amiga, pero ni ella (con la enorme fuerza y voluntad que pone) ni mamá, ni papá consiguen auxiliarme. Tampoco la terapeuta a la que iba hasta que me dijo que no lograría ayudarme si yo no quería mejorar. Aunque luego del primer año desde que... Luego del primer año de una soledad martirizante, de un dolor como el que nunca imaginé podría experimentar, él volvió a mí. Lucas encontró el camino de regreso.

Puedo sentir la palma de su mano sobre mi mejilla, el mechón de cabello con el que tanto le gustaba jugar tensarse en la nuca. Puedo sentir el ocasional y leve roce de su piel en mi piel. Encontré cartas o fotos que creí perdidas para siempre después de meses de búsqueda, que sin embargo, como por obra de magia, aparecieron en cajones o estantes. Escucho su voz que me llama y hasta su contagiosa risa. Es como si en mi interior se encontrasen miles y miles de veladores apagados, siendo aquellos momentos la energía que los enciende. Así, poco a poco, foco a foco, mi interior va llenándose con una vacilante luz, aunque luz al fin.

Con Giselle alquilamos un departamento en Leblon, uno de los barrios más lindos, tranquilos y familiares de la zona sur de Río; o por lo menos es lo que escuché decir a unos turistas que de igual forma que nosotras lo recorrían fascinados. En lo personal, como todavía llevo poco tiempo en la ciudad, me es difícil dar un veredicto final sobre cuál es el mejor; sin embargo, estas calles que palpitan con tambores inquietos y rítmicas panderetas están cargadas de restaurantes, bares, librerías, negocios variados y muchos, muchos espacios verdes que me cortan la respiración y roban el corazón.

Llegamos en un vuelo temprano, a las diez de la mañana estábamos en el departamento que se encuentra a solo dos cuadras y media de la playa. Una vez que nos libramos de las maletas salimos con la misma ropa con la que viajamos (*jeans* gastados, blusas arrugadas y cabellos despeinados) rumbo al mirador Mirante de Leblon, desde donde nos deleitamos con las primeras pruebas de la belleza exuberante con que cuenta la ciudad.

Como cabecera del mirador, el morro Dois Irmãos, llamado así por estar compuesto de dos picos muy parecidos. Frente a este se insinúa una delicada curva: la avenida costera, más viva que nunca a esa hora del día, colmada de gente que iba y venía sin ninguna prisa, algunas en traje de baño y otras con ropa leve y colorida. La playa de Leblon, con su kilómetro o kilómetro y medio según un cálculo rápido de una corredora como yo, nos invitaba a sus arenas doradas y mar intensamente azul. La vista se prolongaba luego a la famosa playa de Ipanema con sus garotas llenas de gracia. Y como broche de oro, a la distancia, en aquel horizonte celeste e inmaculado distinguí el Corcovado, con su Cristo Redentor siempre de brazos abiertos.

Al admirar esa belleza imposible sentí que todo era posible, que la vida volvería a darme otra oportunidad. Pero a medida que las horas pasaron me obligué a aceptar que para lo mío, no hay vuelta atrás.

Por eso cada tarde al llegar de la playa me siento en el balcón y dejo que los recuerdos y la culpa me tomen de la mano, mientras los tres observamos con ojos vacíos a las personas que se pasean alegres (algunas ríen, otras cantan y otras más regalan besos y abrazos a sus seres queridos) a lo largo y ancho de la calle. De pronto, como una ensoñación, la gente se disipa, el tiempo se suspende, una figura toma forma

y encuentro su rostro tan amado, tan perfecto. Él me sonrío y saluda, yo le devuelvo la sonrisa sin animarme a mover un único dedo por el temor de que el gesto provoque una prematura desaparición, me aterra esa posibilidad. Confieso que el estado letárgico en el que me sumerjo al reencontrarlo podría prolongarse por horas, días, semanas, meses, para toda la vida si no fuera por la voz de Giselle llamándome después de salir de la ducha (es el momento en que Lucas desaparece, algo que me enerva) y no soy capaz de decírselo a ella o a ninguna otra persona por miedo a que confundan nuestros encuentros con desequilibrio mental.

Solo que los recuerdos de una relación como la que teníamos con Lucas, colmada de un amor con lo necesario para crecer hasta el infinito, para madurar hasta la perfección, se acabó de un día para el otro. Bueno, no el amor, sí su futuro. Debo aclarar que no es solo el recuerdo de ese gran sentimiento sino el peso de la culpa lo que me mantiene estancada en el medio de dos mundos: el mundo de lo que habría sido y el mundo de lo que nunca será.

—Sofi pásame la llave, por favor —pide Giselle, devolviéndome al ahora.

—Por supuesto —contesto apurada, no deseo que note la melancolía que me embarga.

Hundo la mano en el bolso. Lo revuelvo, no encuentro la llave. ¿Se habrá enterrado en la arena cuando torpemente lo dejé caer? Bastante desconfiada vació su contenido en el pasillo, me desespera pensar que no podré ir al balcón. Es que Lucas me espera y no sé qué pasará si no estoy y...

—¿No la encuentras? —pregunta mi amiga que como yo está desesperada y corta así mi pensamiento que chorrea pesimismo y que escala mi interior sin pausa.

—No —respondo, sin desviar la atención de lo que antes se encontraba en mi bolso y en estos instantes ciclónicamente esparcido en el suelo—. ¡Ya! —digo aliviada y levanto la llave sobre la cabeza como si fuera un trofeo. Río nerviosa, Giselle me imita.

Ingresamos al departamento y vamos directo al lavadero en el que dejamos toallas, bronceadores, peines, cremas y las zapatillas a las que luego de lavar con agua ponemos para secar en la ventana. Giselle entra

al baño. Reparo en lo contenta que está. Sospecho que aquel carioca de la playa, mejor dicho, aquel pobre carioca al que dejamos hablando solo sin una explicación, tiene mucho que ver. Por mi parte me sirvo un vaso con agua fría y me dirijo al balcón para tomar asiento en la silla de mimbre que se convirtió en mi cómplice, durante los encuentros diarios con Lucas. Sacudo la cabeza para eliminar hasta la última gota de mi anterior desesperación.

Corro la puerta de vidrio, apoyo el vaso sobre la mesita, al lado del bonsái (un naranjerito que compite con el olor a sal del ambiente), agudizo la vista y lo busco entre el gentío.

—¿Dónde estás? ¿Dónde te metiste? —murmuro.

Lo espero paciente. Un minuto, dos, tres. ¿Por qué no aparece? Aunque sé que no es su costumbre dejarme plantada, me impaciento al no encontrarlo.

—¡Lucas! ¡Ahí estás! ¡Qué alegría verte!

Siempre con aquella sonrisa contagiosa, amigable y seductora, las manos en la cintura (su pose preferida), el cabello negro con un remolino del lado izquierdo (este no deja muchas opciones de peinado). No obstante, hay algo desagradable en esa imagen que si dejo que me afecte me pondría a llorar, por eso coacciono a mi cerebro a ignorarlo. Me refiero a la ropa que viste, no es que no se encuentre increíblemente apuesto, porque sí lo está. Recuerdo que la primera vez que apareció en casa con ese pantalón de vestir gris y la camisa morada con las mangas remangadas hasta los codos yo no conseguía cerrar la boca del asombro. Nada más que es la misma ropa con la que lo vi por última vez.

—Lucas, te extraño. Me haces tanta falta —le digo.

Como de costumbre lo único que hace es sonreírme. Mis ojos continúan clavados en los suyos mientras me deleito con el brillo en su mirar, con la energía que siento emanar de su cuerpo y que aprisiona mis sentidos a su naturaleza.

—¡Cuánto nos habríamos divertido en este paraíso! ¡Cuántos amaneceres y atardeceres disfrutaríamos tú, yo y la brisa! —agrego con el vano deseo de conseguir unas palabras suyas.

Confieso que me gustaría obtener alguna otra reacción, por ejemplo verlo cruzar la calzada que nos separa, o lanzarme un beso y escucharlo

gritar que estar conmigo es un placer, como lo hacía en otros tiempos. Aunque me conformo con aquella sonrisa congelada en el tiempo.

Su cabello sedoso y color rubio ceniza un tanto parado al frente; esos dientes alargados y parejos, blancos como las nubes de verano; la boca carnosa y los ojos, ¡qué ojos! grandes y profundos, pardos, con diminutas linternas verdes esparcidas dentro; las pestañas son tan tupidas y largas que...

Pero, ese no es mi Lucas.

¡Es Guido!

Me observa desde el exacto lugar en el que segundos atrás estaba Lucas. Me sonrío y luego se muerde el labio inferior. Su mirada me atraviesa y desnuda el alma que vibra bajo esta nueva sensación que no logro definir. Me noto intimidada ante tal intensidad. Trato de retroceder y escapar. No; me gusta.

—Sofí ¡Sofía! —grita Giselle que está parada a mi lado sacudiéndome.

—¿Qué? —digo. La miro sin verla.

—¿Te encuentras bien? —pregunta por segunda o tercera vez en el día.

—¿Te acuerdas del chico de la playa? ¿El que fue a buscar la pelota? —la interrogo mientras presiono con ambas manos su antebrazo.

—Al que devoraste con la mirada, querrás decir —provoca, con una sonrisa mal disimulada.

—¿Lo puedes ver en la calzada? —hablo agitada sin hacer caso a su comentario y la observo con ojos suplicantes.

Giselle se acerca a la baranda, apoyada sobre los codos mira a ambos lados, se gira hacia mí, vuelve a escudriñar la calle y finalmente lo niega. Me levanto de un salto bastante aturdida y todavía más enojada.

«¿Cómo llegó su imagen a mi cabeza? ¡Este momento es mío y de Lucas! Nuestro», pienso incómoda.

Así, con una mezcla de emociones voy al baño y cierro la puerta detrás de mí, y dejo a una sorprendida Giselle hablando sola.

Abro el agua, únicamente la fría, me meto bajo la ducha y la siento resbalar desde mi cabello largo y marrón, bajando luego por mi rostro ovalado, mi cuello y por último la siento caer desde mis redondos hombros hasta los dedos de mis pies. Moja así en su trayectoria mi atlético cuerpo o por lo menos es la forma en la que me gusta verlo.

Recuerdo que gracias a la pasión por los deportes conocí a Lucas. Él, como yo, se anotó en una 10K organizada por una fundación. Ambos salimos primeros y a la hora de la premiación nuestras miradas se cruzaron e imantaron de una forma tal, que aunque me sentí llena de vergüenza no conseguí desviarla. Sí, así fue como nos conocimos, bañados en sudor, despeinados y felices.

Sorprendida percibo que antes siquiera que lo consienta mi mente salta a otros recuerdos más recientes y Guido reaparece. Igual a una deslumbrada colegiala rememoro nuestra corta e insulsa conversación. ¿O debería decir intercambio de disculpas? Sin embargo, dejo de lado las palabras y me concentro en las desconocidas sensaciones que su presencia ha transmitido a mi ser. Me doy cuenta de que estas son intensas, como si hace bastante tiempo mi cuerpo las esperara dormido y solo hoy con su llegada se haya activado. Mi lado positivo (que dicho sea de paso me asombra con su presencia) dice que se trata del destino, uno en el que volveré a encontrar el amor. ¡Jal, qué estupidez. El otro (al que no llamaría negativo, más bien realista) dice que me olvide de ese incidente que poco significa.

Listo, el realista tiene razón, solo que no es capaz de responder a mi pregunta: ¿y, cómo lo hago?

Ya seca, con un vestido simple y recto (que compré en la playa a uno de los tantos vendedores ambulantes) pero con el cabello todavía húmedo, me acerco a Giselle por la espalda, rodeo su torso con mis brazos y apoyo el mentón en su hombro.

—Gracias —le digo—, eres la mejor amiga que alguien pueda tener.

—No hay nada que una buena ducha no limpie, ¿verdad? —responde con humildad.

—Gracias —repito, esta vez sentada a su lado.

—Bueno, ¿y qué vamos a hacer mañana? ¿Y si vamos a conocer el Cristo Redentor y el Pan de Azúcar? —propone Giselle.

—No sé... No sé —dudo.

—Mañana es tu cumpleaños. ¿Recuerdas? ¡Mañana cumples veintinueve! ¿Te dice algo ese número? Vamos, Sofi, ¿qué decides? —me apremia Giselle cargada de entusiasmo.

¡Sí que me dice! ¡Cuántos planes trazamos con Lucas para esta fecha! No obstante, la vida los hizo antes y los cumplió.

—Que es una buenísima idea —digo muy a mi pesar. Sin embargo, estoy resuelta a dejar atrás la amargura y mi famosa nube negra. O por lo menos lo intentaría.

Giselle sonrío y aplaude mi decisión igual a una niña pequeña. Y yo, bueno, mientras, yo, le regalo una sonrisa. Esa de la que me adueñé tiempo atrás, la sonrisa triste.

Nos levantamos al mismo tiempo y cruzamos el pequeño espacio que sirve de sala y comedor, me es imposible no pensar en que la decoración es un tanto anticuada; sillones tapizados de verde musgo de patas y posabrazos de madera oscura hacen juego con una pequeña mesa para cuatro, en la que solo entran tres, porque uno de sus lados está pegado a la pared con el propósito de que quepa en el departamento. De igual forma sus cuadros y alfombras son anticuados, estas últimas malas imitaciones persas. Las pinturas son óleos en los que se distinguen a damas del siglo XV sentadas sobre piedras en algún páramo escondido. Lo demás, es decir, las dos pequeñas habitaciones con el baño y la cocina con el área donde está el lavarropas son, digamos, pequeñas y normales. Recuerdo que mi primera reacción al entrar fue de asombro, jamás pensé que existiera un sitio con estas características en la Ciudad Maravillosa, porque, ¡vamos!, ¡el contraste es asombroso!

Una vez en la cocina yo lavo las hojas de lechuga y Giselle abre una lata de atún. Los huevos y el maíz hierven en la cacerola y como son los últimos que quedan, acrecienta la lista del supermercado al escribir sus nombres. Tal vez mañana, máximo pasado, tendremos que ir por más víveres.

Durante la cena Giselle no para de hablar de Fabrizio, el chico que conoció en la playa. Se la escucha encantada al relatar la conversación que mantuvieron. Nada más que palabras sueltas como, Leblon, muy simpático, encontré en, quisiera, me llegan desde el asiento que ocupa mi amiga. Me siento pésima al ver que no puedo mantener la atención en su relato, aunque me las arreglo para que ella no lo note y muevo la cabeza de arriba abajo de vez en cuando, lo que me hace pensar que tampoco Giselle está tan atenta y que como yo, se encuentra en su propio mundo. La diferencia es que mi amiga lo expresa en voz alta, y yo trato de entender el efecto que causó en mí aquel desconocido de nombre Guido. El que se metió en mi cabeza esta tarde y se rehúsa a salir, el que logra

que todos mis sentidos se vean afectados y mis pensamientos robados, el mismo que me da la impresión de haber conocido antes.

«¿Qué tonterías dices, Sofía!», me regaño. Pero no logro deshacer la imagen de sus pies despegándose por turno de la arena, ni de la intensidad en su mirar, ni del color de su piel o de su cabello.

Cerca de medianoche veo que Giselle va a la cocina y vuelve con una botella de champaña y dos vasos. Esa resolución que me avisa de forma inconfundible que se aproxima una celebración, hace que de manera automática me levante y despida con un afectuoso abrazo. Giselle aprieta mi mano izquierda impidiéndome que me aleje.

—Sofí, brindemos. Falta tan poco para tu cumpleaños, quédate conmigo hasta las doce —pide mi amiga algo dolida.

—Perdón Giselle, es que no soporto el cansancio, me voy a la cama. No te preocupes, nos vemos mañana —pretendo tranquilizarla y me alejo rumbo a mi habitación.

Sé que la herí. Que lo hace porque desea ayudarme a olvidar o al menos a aceptar lo que ya no tiene vuelta atrás, pero no puedo complacerla.

Me desvisto como un autómatas, con la mente en blanco guardo la ropa. Con el camisón puesto y la cabeza en la almohada estiro la sábana hasta el cuello, inhalo profundo, como si quisiera respirar un aire cargado de una alegría que me es esquiva. Cojo la foto de Lucas, percibo cuán arrugada está debido a las veces que la he mirado, la mantengo de forma invariable en el cajón de la mesita de noche. En ella se lo ve dar una gran carcajada, bronceado y con su amado traje de baño, uno que yo le regalé; la foto la tomamos en una playa de Colombia en uno de nuestros tantos viajes juntos. Es tan vívida la imagen que una vez más siento el calor de su brazo en mi cintura, la humedad de sus labios en mi mejilla, el rugir de las olas y el susurrar de las alas de las aves que remontan el vuelo. Se me escapan lágrimas de profunda tristeza, aprieto la foto contra mi pecho y me escucho sollozar bajito para no preocupar, más de lo que ya lo hice, a Giselle.

Flotando dentro de interminables minutos de recuerdos dolorosos, que a cada segundo ahuecan más y más las cicatrices de mi alma, siento la mejilla anidada por un calor agradable que se extiende de manera gradual, y reconozco aquel aroma tan familiar, dulce y fresco a la vez.

—Lucas —balbuco.



Como es costumbre él no me responde. Estiro la mano para sentirlo, como es costumbre no lo encuentro.

—No importa —señalo, al otra vez fallar al querer sentir su forma física—. Hazlo como mejor te parezca, siempre que sigas viniendo a mí —declaro conmovida.

Mientras percibo como vuelvo a la vida sintiendo su presencia, me quedo dormida entre sonrisas y lágrimas.





## 2

### Feliz cumpleaños para mí

Despierto temprano, aprieto mi frente con un mano y luego seco las gotitas de sudor que la cubren.

Anoche tuve un sueño intranquilo.

Nada nuevo, vengo arrastrando un largo historial de pesadillas. Bueno, para ser sincera es una la que se repite desde aquel día y hoy, fecha en que se cumplen dos años, no es de extrañar que una vez más mi despertar sea agitado. Sé que debería contarle a mamá que la pesadilla continúa, que mis noches se parecen a unas vacaciones en el infierno y que debido a ello, cada mañana me laten las sienes, el estómago se me revuelve y que incluso después de despertar las lágrimas siguen su camino hacia mi mentón.

Despacio me levanto de la cama, camino hasta una silla en la esquina de la habitación y cojo mis zapatos, el bikini, el pantaloncillo, la camiseta, todo lo que dejé preparado ayer de tarde. De puntillas, sigilosa, voy hasta el baño en medio de las habitaciones. Empujo la puerta con la cara exterior de la mano. Chilla. Paro y dirijo la oreja hacia el dormitorio de Giselle. Nada. Deposito lo que llevo en el lavabo y ya con las dos manos libres cierro con cuidado la puerta. No quiero despertar a mi amiga, así que cepillo mis dientes y lavo mi cara con un hilo de agua. Visto primero el bikini y encima la ropa de deportes, recojo mi cabello largo y lacio en una cola de caballo, me amarro los cordones y compruebo que todo está en orden; salgo del baño rumbo a la playa.

Son las siete y treinta de la mañana. Subo al elevador, me miro al espejo y digo:

—Feliz cumpleaños para ti, aunque no sé si lo mereces.



Las calles prometen ser un hervidero de gente. Llego a la avenida Delfim Moreira y el sonido del mar renueva de golpe mis ánimos. Es habitual en mí que antes de correr me ponga los audífonos, los conecte al celular y seleccione alguna de mis hermosas y deprimentes músicas, no obstante, al segundo día de mi llegada decidí condenarlas al balconcito o darles algunos minutos durante las horas que paso en la playa. Es que el sonido del mar, aquí en Río de Janeiro, resultó ser tan poderoso y benéfico, que se volvió adictivo.

Cruzo la avenida y llego al *calçadão*. Fascinada me fijo en sus diseños en blanco y negro, como cada mañana me asombro de que sea yo la que corre sobre sus curvas; esas cuyas imágenes recorren el mundo y a las que se les asocia con fútbol y samba. Empiezo mi rutina mañanera, una corrida de nueve kilómetros.

Más que ningún otro, este es *mí* momento, donde permito que los pensamientos y recuerdos (sean la clase que sean) salgan a flote, corran libres por mis venas y a través de ellas lleguen al cerebro, vientre y corazón, centros indiscutibles de mis emociones. Es increíble como las imágenes que inocentemente se dibujan en mi cabeza apuntan a un futuro, algo que me gusta y a la vez me enfurece porque significa que Lucas no volverá a formar parte de mis días. Hoy más que nunca esa certeza me agujerea el alma, por eso descarto la idea de volver a la universidad, la de hacer otro viaje con Giselle y ni hablar de la de festejar mi cumpleaños.

Los dos primeros kilómetros quedan atrás. La brisa del mar es constante, fresca, y su suave ulular se une en perfecta sinfonía al murmullo del mar. La sal que viaja con ella se pega a mi rostro, piernas, brazos, a todos los pedazos de piel expuestos a su contacto. Como dije, un optimismo pasajero insiste en cambiar mis tan arraigados recuerdos por planes futuros, y mientras de a momentos lucho para no dejarme embaucar, me hechiza el rito diario de los dueños de los pequeños locales sobre la calzada, aportando el tan único e inigualable fondo carioca a sus orillas. Veo que alguien barre el frente de su negocio, distingo a una mujer ordenar las sillas y mesas que dan a la playa, unos muchachos cargan grandes bolsas llenas de limones sobre los hombros, me imagino son para las *caipirinhas*, una mulata mueve las caderas mientras guarda unos cocos grandes y verdes dentro de un carrito.

Me acostumbré a escuchar fragmentos de sus charlas matutinas. ¡No tengo idea de lo que dicen! La melodía del idioma hace que cualquiera sea el significado de sus palabras suenen como dulces frases cargadas de promesas de amor eterno. Incluso logran que me proponga llegar a casa y tomar clases de portugués. De donde vengo, Weston, una pequeña y familiar ciudad en el sur de Florida, no se escucha a mucha gente hablar en portugués.

Bañada en sudor estoy casi terminando cuando varios metros adelante creo distinguir a una figura familiar. ¡No puede ser! Digo, en realidad vi aquella silueta nada más que en una ocasión, ahora, en mi cabeza, sí que la recreo de manera incansable. Apresuro la marcha y poco a poco acorto la distancia, se me desboca el corazón ante la expectativa. Va vestido con pantaloncillos azules; el color de su piel, dorado brillante, acentúa de manera espectacular los músculos de la espalda que con cada movimiento de sus brazos trabajados, forman rayas y cuadros. Mi respiración se acelera y por más que con mucho esfuerzo lo intento no puedo mantener la velocidad. Las piernas se me aflojan, el corazón late muy rápido y crea así una cadena inestable en mi cuerpo que me obliga a bajar la intensidad. Estoy segura, no me engaño, es él. ¡Tiene que ser él! Ese cabello rubio ceniza que se agita con el viento, las pantorrillas trabajadas, el magnetismo que me atrae quiera o no hacia su ser. Otra vez y con profunda determinación, aumento la velocidad de mis pasos.

—Sí, es Guido —exclamo una vez que he logrado acercarme lo suficiente para comprobarlo. Me expreso de forma entrecortada debido a lo agitada que tengo la respiración.

No puedo dar un paso más, me resigno a dejarlo ir y me concentro en mis pies. ¡No consigo hacer otra cosa! Por lo menos si pretendo recobrar el control y tratar de comprender por qué su sola presencia tiene en mí tan potente poder. Tanto así, que juega con mis signos vitales; tanto así, que provoca que mi boca se seque y mis venas se ensanchen para, con el mayor de los esfuerzos, lograr que todo ese torrente sanguíneo que se pone en circulación cada vez que lo observo, o, lo recuerdo, pueda fluir.

Me seco el sudor, decido volver al departamento. No esperé cruzarme con él otra vez, menos al día siguiente y ni que decir tan temprano.

—¡Qué débil eres Sofía! —me recrimino cuando de nuevo lo busco con la mirada mientras mi corazón golpea de forma alocada mis costillas.

También él baja la velocidad y camina resuelto hacia el borde de la calzada que da a la playa. ¿Tal vez con la misma intención que yo tenía de entrar al mar? Impotente observo que antes siquiera de acercarse lo suficiente, una escultural figura femenina de cabello abundante, largo, ondulado y de color rubio ceniza (muy parecido al de Guido) se abalanza sobre él y lo abraza y besa en el cuello. Este se muestra sorprendido al principio, aunque al comprobar de quién se trata, regalándole su deslumbrante sonrisa, corresponde al abrazo y la hace girar pegada a su pecho desnudo.

Me detengo, no soy capaz de dar otro paso. Apoyo las manos sobre las rodillas en un intento por recuperar el aire que ofendido se escapa de mi cuerpo.

«Sofía, ve! ¡Acércate! ¡Preséntate! Dile que sientes haberte apoderado ayer de la pelota». Mi mente frenética lanza una idea tras otra al pensar que lo puedo perder.

¿Perder qué? Él no es nada para mí.

Digo, «¿qué me sucede?».

¡Basta!

Este sentimiento, obsesión o lo que sea que se está apoderando de mí no puede ser bueno. La primera vez que mis ojos se cruzaron con los de Lucas (primer, gran y único amor) no sentí esta sensación enfermiza. No, con él cada etapa, cada minuto vivido fue tierno, medido. ¡Normal!

Intento alejarme y lo hago caminando, no puedo trotar más. Resuelta cruzo la avenida y me encamino al departamento. Trato de despejar mis pensamientos y hago una lista mental de los lugares que conoceremos hoy con Giselle: el Cristo Redentor y el Pan de Azúcar con sus figuras altaneras, autoritarias y románticas contra el cielo azul. También aprovecharé y compraré recuerdos a mamá y tal vez a papá, a Dolly por ser la madre de Giselle, a mi amiga Jennifer. Sí...

...¡no! ¡No logro distraer mi atención! Estoy de nuevo mirando a Guido que sigue conversando animadamente con la muchacha de bella sonrisa.

¿Qué esperaba? ¡Ja! Guido parece recortado de una revista de moda: alto, músculos definidos, sus facciones finas dan la impresión de haber sido hechas a mano, además pareciera estar envuelto en un halo cargado

de seguridad en medio de su candidez. Como última estrategia me concentro una vez más en mis pies, hábito que adquirí desde pequeña y que casi nunca falla cuando de recuperar la serenidad se trata.

Ya a unas cuerdas de distancia de Guido y a dos de la calle que debo tomar, escucho que varias personas ríen a carcajadas. ¿De dónde vienen? Un grupo de chicos, creo que son seis que rondan los veinte años, ubican dos parlantes de gran tamaño y una consola de música, ahí mismo, sobre la calzada, prácticamente a orillas del mar. Todos van vestidos con pantaloncillos y camisetas negras, tres llevan enganchados al cuello grandes auriculares.

Qué gente alegre, pienso. Es posible que pase con Giselle más tarde, me digo. Aunque para ser sincera, no me siento con ánimos para más que tirarme en la cama a llorar.

Me dispongo a seguir mi camino sin otra interrupción, pero algo me detiene. Sin saber bien porqué, vuelvo sobre mis pasos para mirar al grupo de jóvenes vestidos de negro y lo veo.

¡Lucas está entre ellos!

No puede ser nadie más y al mismo tiempo puede ser cualquiera menos él. Se encuentra de espaldas a mí, pero como es habitual, viste la misma ropa que cuando estuvimos juntos por última vez. Además tiene el cabello negro y corto y las manos en la cintura. Y como para darme la razón, gira, dedicándome aquella sonrisa suya que se ve reflejada en sus también ojos negros.

—¡Lucas! —grito con todas mis fuerzas, sin lograr distinguir nada más que su figura llamándome sin palabras, y sin pensarlo dos veces, salgo disparada hacia él.

Me recibe un concierto de bocinas y frenadas. Manchas grises, negras y blancas no consiguen accionar mi instinto de sobrevivencia. No obstante el alboroto a mi alrededor, me es imposible diferenciar más que su adorado rostro, aunque muy a mi pesar siento que me detengo. En ese momento un gran autobús transita sobre el que habría sido mi próximo punto de avance si no me hubiera sujetado un muchacho que me observa asustado.

—¿Qué está haciendo? —pregunta en portugués.

No contesto. Solo busco a Lucas al querer saber si se asustó tanto como este chico. ¡No lo encuentro! ¿Dónde se metió? Entonces, en-

frentando los desorbitados ojos del que me salvó de ser arrollada, balbuceante le digo:

—Yo, yo pensé que alguien al otro lado... No importa. Gracias — me escucha decir, de forma impaciente sacudo el brazo y afloja la presión de su mano. Con la cara incendiada doy unos vacilantes pasos.

«¿Se encuentra bien, señorita?», pregunta alguien. «¿Todo bien?», escucho un poco más allá. Muevo la cabeza de arriba abajo, es lo único de lo que me noto capaz. Mis mejillas siguen coloradas, quiero que me trague la tierra. Por fin llego a la playa acompañada por susurros y gestos que denotan desaprobación.

Pisándome los talones por turno me saco los zapatos, estiro las medias desde la punta. Pongo los pies en la arena, dejo que se hundan. No está tan caliente, podré llegar al mar, pienso. Una vez frente al agua me deshago de la ropa dejándola junto a los zapatos. Dentro del mar saboreo la envolvente sensación del agua fresca que sube por mi cuerpo sudado. No me sumerjo enseguida, quedo allí parada con el agua hasta las costillas y la mirada perdida en el horizonte, es que trato de entender qué ha pasado hace minutos.

«Hay amores que matan», digo al querer crear mi propia broma privada, me arrepiento al instante. Ese pensamiento resulta ser demasiado doloroso y verdadero.

Aprieto los ojos y libero el aire que llevo encerrado desde el susto que me dio el autobús. Me salpico la cara una vez, dos veces. No consigo alejar esa estúpida reflexión y por eso me zambullo. Al salir me noto más calmada y recuerdo que hoy es mi cumpleaños y que tengo muchos planes con mi mejor amiga. ¡Giselle! ¡Con seguridad está despierta! Lentamente me dirijo a la orilla mientras observo como cada pisada forma una honda que desaparece al segundo, sin ningún vestigio de mi existencia.

Triste.

No como mis pies sobre la arena que dejan una marca que tal vez alguien quiera seguir. Y perdida como estoy en mi abstracta y nada clara reflexión no me doy cuenta de la sombra que se extiende al frente, hasta que choco con la mano que la provoca.

—¡Perdón! —digo, sin saber bien el porqué o a quién.

—No hay problema —contesta.



El sol me da de lleno en la cara. Desesperada trato de ajustar la visión para distinguir aquella silueta oscurecida en un intento por confirmar lo que mi corazón ya sabe. Guido está parado frente a mí extendiéndome una toalla. Quedo petrificada, sin reacción o color. Tan asombrada y fascinada por la perfección de su cuerpo, por la atracción que ejerce sobre el mío que no puedo hablar o moverme. No me encuentro lista para tenerlo una vez más tan cerca.

—Es para ti —dice, imagino yo con la idea de no dejar dudas en cuanto a su intención al sostenerla, porque, sinceramente, mi expresión es la de una tonta. Al final logro reaccionar y no de la manera en que pensé lo haría.

—No, gracias —me escucho responder y lo desvío.

La mitad de mi ser trata de accionar el freno de mano y me repite: «¡Sofía! ¿Qué haces? ¡Es tu oportunidad!». Mientras la otra mitad pisa con fuerza el acelerador y me dice: «¡Huye! ¡Huye mientras puedas! Recuerda que descubriste que tiene novia».

—Por favor —insiste.

El brillo en sus ojos y la calma que su sonrisa le regala a mi corazón me invaden sin que las pueda apartar de mis entrañas. Además, ¿cómo escapar de su voz? Me estremezco, dos versiones de mi yo luchan en mi interior: la enamorada y la dolida. Resuelta a esclarecer mi inesperado conflicto interno lo enfrento y al instante compruebo que no existen dos *Sofías* dentro de mí, más bien el infinito deseo de ser *su* Sofía.

Al intuir el aturdimiento que me consume cuando no soy capaz de contestar con un simple no o sí, Guido sonrío (imagino yo la sonrisa que utiliza para desarmar a las chicas, la que hace que sus labios se ensanchen, sus dientes hagan palidecer a la luna y sus ojos de fondos verde se achiquen y brillen) y extendiendo una vez más aquel brazo de músculos tensos dice:

—Compláceme.

Cuando oigo esa palabra abandonar sus labios con esa cadencia tan suave como firme, estoy segura de que lo haré, estoy segura de que lo complaceré.

Sonríe triunfante, se acerca al darse cuenta de que cada una de mis barreras ha sido derribada, solo que es imposible que mueva siquiera un pie. Apoya la toalla sobre mis hombros, las puntas de sus dedos rozan

mi piel, una electricidad y calor jamás experimentados se apoderan de mis nervios, de cada célula de mi cuerpo. Lo observo y me topo con sus ojos entrecerrados de una forma extremadamente sensual, siento como el tiempo se interrumpe, algo de vergüenza queda en mí y desvío la mirada de ese rostro perfecto, varonil, angelical. Bajo la cabeza, el aprisiona mi barbilla entre sus dedos y de nuevo nuestras ojos se encuentran. Me sonrío de costado, le devuelvo una sonrisa tonta. De forma bastante providencial alguien aparece por detrás y saca un poco de tensión al momento.

—Señor D'Angelo, los cocos —dice, extendiéndolos hacia el frente.

Guido se demora unos segundos más de lo políticamente permitido en despegar su mirada, que aunque yo no la estaba más sosteniendo, no por eso la ignoraba.

—Gracias, Vinicius. Te he dicho que no soy el señor D'Angelo, ese era mi padre, soy...

—Guido —lo interrumpo.

Me observa asombrado, pestañea varias veces, no pronuncia una sola palabra, solo levanta una de las esquinas de su boca perfecta. Tampoco emito sonido. ¡Imposible! Lo que hice me tiene chocada.

—Para ti. Pensé que lo necesitarías después del ejercicio —habla al fin y me entrega uno de los cocos que trajo aquel muchacho.

—¿Me viste? —intento averiguar al tiempo que siento la frialdad de la cáscara de la fruta.

—Bueno, no mientras trotabas, más bien lo he adivinado por la ropa y los zapatos que están allá —confiesa y apunta hacia donde he dejado mis pertenencias.

Solo por un momento pienso que no ha visto el papelón de hace un rato, pero al percibirlo un tanto apenado me digo que sí lo vio. Una vez más siento la vergüenza que llena cada poro de mi piel.

—Creí distinguir a alguien del otro lado de la calle. En verdad, no fue nada —me las ingenio para contestar.

—Ese alguien debió de ser muy querido para exponerte de aquella manera al peligro —declara Guido para mi asombro. Lo hace tan contrariado que hasta la voz le cambia.

—No sabía que estaba en peligro —protesto sin esconder mi irritación.

Guido aprieta la mandíbula, toma un sorbo de agua de coco y retrocede un tanto. Chuta un montoncito de arena a su costado.

¿Qué? ¿Está celoso? O al menos la idea de querer encontrarme con alguien especial no es de su agrado. No, seguro solo lo impacientan las personas que como yo, no valoran la vida. De cualquier forma, decreto que dos pueden jugar este juego y decido sonsacarle una respuesta:

—También tú saliste a correr, ¿verdad? —la pregunta parece aliviarlo, de modo que abandona aquel gesto de disgusto que tenía pintado en la cara.

—Sí, troto cada mañana. Si quieres podemos hacerlo juntos —invita al tiempo que su mirar brilla malicioso.

No puede ser, no puede volver a salirse con la suya, grito por dentro cuando mi cuerpo se vuelve una cerca electrificada. Las palabras *hacerlo juntos* me llevan a imaginarnos haciendo mucho más que una inofensiva corrida y me sofoco.

—Tal vez —respondo tímida y no levanto la mirada por miedo a que descubra mis sombríos pensamientos—. Para serte sincera, hoy, cuando casi acababa mi recorrido te vi. Tropezaste con tu novia. ¿No es así? —agrego con desagradables cosquilleos en el estómago, fruto de mi inquietud.

—¿Mi novia? —pregunta, su cuerpo se tensa.

—Sí, la chica con la que estabas abrazado más temprano. Aquí mismo, en la playa —insisto.

—¡Ah, Laura! —dice más relajado y con una gran sonrisa de oreja a oreja, añade—: Ella es mi hermana —se lo ve tan contento que se acerca y sin parar de sonreír y de forma juguetona me toma de la mano.

Me congelo, me derrito, mi corazón late alocado, mi corazón grita de contento, mi corazón se detiene a mitad de un latido. Me percibo incapaz de describir lo que siento. Lo observo acariciar el dorso de mi mano con dos dedos, soltarla, dar un paso atrás, volver y levantarla con la mano contraria. Acaricia mi antebrazo y digo:

—¿Tu hermana? Parece de tu misma edad.

«¿Y qué importa que sea de su misma edad?», me autocritico, a sabiendas de que se trata de mi excitación tomando el control de las palabras que se escapan sin previo consentimiento de mi boca. Pero es que mi sistema nervioso está sobrecargado. Decido apartarme antes de per-

der el control, me alejo para apoyar el coco junto a mi ropa y me siento en la orilla, dejando que el agua me moje los pies.

—Parece porque lo es, ambos tenemos veinticuatro años —afirma—. Es mi hermana melliza y la única que tengo —informa Guido.

Estoy asombrada. Ahora que lo dice me resulta innegable. El mismo color de cabello, rasgos finos y bellos. Suspiro de alivio y mis hombros se relajan.

—Me trata como si fuera mayor —añade sin aviso.

—¿Por qué? —pregunto intrigada.

Guido se toma un minuto antes de responder, alza una pequeña piedra y la lanza al mar, rebota muchas veces, tanto que no la veo hundirse. Antes de comenzar su explicación se acomoda a mi lado sobre la arena.

—Mi padre murió cuando tenía dieciocho años. Desde ese momento tuve que tomar su lugar haciéndome cargo de los negocios familiares y convirtiéndome en el hombre de la casa. Ya no tuve mucho tiempo para las amistades, los viajes o los hobbies—. Su expresión se vuelve sombría, hasta me parece que perdió centímetros de estatura, no estoy segura si debido a la nostalgia o al peso de tal responsabilidad.

—Lo siento —digo.

—No, está bien. Igual, han pasado muchos años desde entonces —contesta Guido.

—El tiempo no importa. Una pérdida es una pérdida —manifiesto con más brusquedad de la que pretendo, el corazón se me encoge y me remuevo incómoda.

Guido escanea mi rostro, duda si hablar, al fin dice:

—También tú perdiste a un ser querido. Lo puedo adivinar, tal vez se trataba de un recuerdo suyo lo que ha hecho que te lances a la calle sin pensarlo —lo observo pasmada, lo que dice me toma desprevenida.

—Es tarde —indico, me levanto—. Giselle, la amiga con quien vine, está esperándome —recuerdo el motivo, mi cumpleaños, decido callar—. Debo volver. Gracias por el agua de coco.

También Guido se levanta. Lo miro sacudirse la arena, esa simple acción provoca que sus abdominales formen pequeños y perfectos cuadrados. Tengo que usar la poca fuerza de voluntad que consigo mantener en su presencia para desviar mi atención. Aunque el remordimiento

sirve como motor a mis pies y sin antes confirmar mi partida con un adiós, calzo mis zapatos, cojo mi ropa y me marchó resuelta.

Él me sigue, da varias zancadas a mi espalda, sin embargo se detiene y pidiéndome disculpas por lo que fuera me molestará, empieza a pronunciar mi nombre.

—¡Sofía! ¡Perdóname! Lo siento, Sofía —dice en tono suplicante.

No vuelvo a girar. No sé cómo lo logro, porque estoy loca por correr a sus brazos para tranquilizarlo. De forma inconsciente me acaricio el antebrazo, el mismo por los que sus dedos se pasaron.

Sabes que no quiso herirte, me grita una voz desde lo profundo de mi subconsciente.

«Lo sé», le respondo.

Me detengo.

Pero Lucas... No. Continúo, sintiéndome incómoda y culpable.

¿Cómo podía estar traicionando al amor de mi vida? Estas son unas simples vacaciones, seguro que cuando acaben no volveré a saber de Guido D'Angelo. Apoyo la mano en el pecho, tal certeza me produce un vacío en el alma. Ya fuera de la playa, me pongo el pantaloncillo y la camiseta. Con los pies muy juntos, tomo aire y corro hasta el departamento seguida por la imagen de Lucas y la voz de Guido.

Cuando Giselle me ve entrar baja la taza que sostiene a mitad de camino entre su boca y la mesa. Como sospechaba, está despierta y lista para la playa, lleva puesto el bikini y una faldita blanca, aunque sigue descalza.

—¡Feliz cumpleaños, Sofi! —me desea a los gritos y se lanza sobre mí.

—Gracias amiga —le devuelvo el apretado abrazo en el que me ha envuelto.

— Veintiún años. ¡Uau! ¿Lista para nuestro gran día? —pregunta.

—¿Nuestro gran día? —repito.

Es que sus palabras suenan a bebidas, música y trasnochada.

—Tranquila —exclama Giselle condescendiente—. No haremos nada con lo que no estés de acuerdo.

— Perfecto ¡Gracias! —le respondo con sincero entusiasmo. Si hay alguien que sabe ponerme de buen humor, esa es Giselle—. Dame unos minutos, tomo una ducha y preparo el café —termino de decir.

—Por el desayuno no te preocupes —mira su reloj y comienza una cuenta regresiva—: Diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno —la campanilla suena—. Anda, es para ti —informa.

—¿Para mí? —trato de entender, mientras frunzo el ceño y ladoo la cabeza.

Me acerco a la puerta, saco la tranca y la abro de un tirón. Del otro lado un muchacho muy guapo y para mi gusto exageradamente bronceado empieza a cantar *Cumpleaños feliz* en portugués. La confusión me paraliza, igual lo observo divertida. Además de los músculos al estilo Stallone, solo lleva un diminuto traje de baño; zunga, creo que es el nombre que le dan. Me pregunto dónde lo habrá encontrado mi amiga.

—¡Sorpresa! —grita ahora desde el fondo del departamento y pretende acompañar el canto.

La observo sacar la cámara fotográfica escondida detrás de su espalda, también el celular, aprieta ambos de forma indiscriminada hasta que la serenata acaba y el cantante me entrega una canasta de desayuno colmada hasta el tope con las delicias de su tierra. Panes de queso, dulces, pastelitos, mermeladas, una rosa y por último me regala un ruidoso y meloso beso en la mejilla.

—Perdón, venía incluido —dice Giselle encogiéndose de hombros y disfrutando de cada gesto que le demuestra que no me lo esperaba.

—¿Ah sí? —le digo y para expresarle que no se saldrá con la suya, bajo la mirada atónita de mi amiga, y como parte de la propina, le devuelvo el mismo beso meloso que recibí. Giselle se pone a gritar como loca.

—¡No tomé fotos! —lamenta—. No te preocupes, estas no abandonarán la cámara —explica al ver mi mueca de susto.

—Gracias, Giselle. Gracias. Es el mejor cumpleaños desde... desde hace mucho tiempo —confieso sonriendo y la abrazo.

—No es para tanto —contesta, sacándole importancia con la mano.

—Ven, siéntate a mi lado. Come conmigo —la invito.

Así lo hace y las dos reímos de la misma forma en que solíamos hacerlo antes, a carcajadas.